

Reseña / Review

Silva, Guadalupe y Pampín, María Fernanda (Comp.). *Literaturas caribeñas. Debates, reescrituras, tradiciones*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2015.

Una aproximación oscilante a la literatura caribeña

Francisco Constantini

Universidad Nacional de Mar del Plata

El volumen *Literaturas caribeñas. Debates, reescrituras, tradiciones* reúne los trabajos de los integrantes del Grupo de Estudios Caribeños (Instituto de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Buenos Aires), cuyo enfoque entiende esta región como unidad ligada al continente americano pero portadora de tradiciones y características propias. En este sentido Cecilia Manzoni, directora del grupo, se pregunta en el “Epílogo” “cómo y desde dónde se conceptualiza la “unidad” de la región y qué características asume su relación con América Latina” (221). Los ocho capítulos de este libro analizan autores, tiempos y espacios diferentes dentro del recorte propuesto sin perder de vista esta premisa.

Áurea María Sotomayor titula su prólogo “Bajo el signo de la S” debido a la resonancia del fonema en el título y el subtítulo del volumen (caribeñas, debates, reescrituras, tradiciones) y a partir de su dibujo sinuoso toma el concepto de “oscilación” como característica propia de los trabajos presentados, que lejos están de mantener una linealidad en sus enfoques, sino que privilegian la coexistencia de diferentes tradiciones reinterpretadas, interconectadas. En este sentido, Sotomayor reconoce la presencia del “entrelugar” del pensamiento

martiano en el cuestionamiento a todo tipo de esencialismo y binarismo en la interpretación de la cultura caribeña. Con respecto al corpus de obras analizadas, la autora señala la preeminencia de la literatura cubana, aunque la presencia del Caribe francófono y las narrativas puertorriqueña y dominicana proveen cierto balance. Finalmente, subraya la originalidad de una lectura del Caribe desde el Cono Sur, que interpreta como una voluntad de filiación estética con lo latinoamericano.

El primer capítulo, “Filiaciones discordantes: Aimé Césaire leído por los escritores de la *créolité*” de Francisco Aiello, se centra en los ensayos de los martiniqueños Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant para dar cuenta del modo en que revisan la figura de Aimé Césaire y, consecuentemente, el movimiento literario, cultural e ideológico conocido como la *négritude*. Comienza con el análisis del manifiesto *Éloge de la créolité* leído por los tres intelectuales en París el 22 de mayo de 1988 donde, a pesar de que existe un reconocimiento de filiación con Césaire, los ensayistas le cuestionan la utilización exclusiva de la lengua francesa para sus producciones literarias, ignorando el *créole*. Aiello señala el desacuerdo entre Bernabé y Confiant con respecto a la valoración de Césaire: para el primero el escritor era un *ante-créole* mientras que para el segundo, un *anti-créole*. Estas lecturas prosiguen en los ensayos *Aimé Césaire. Une traversée paradoxale du siècle* (1993) de Confiant y *Écrire en pays dominé* (1997), que señalan que la *négritude* habría desplazado una exterioridad, la ilusión europea, por otra, la africana, y optan por quitar del centro al África a favor de un punto de vista caribeño. Estos dos autores publican *Lettres créoles* en 1999, texto en el que valoran la *négritude* por dar inicio a la construcción de una identidad cultural caribeña, aunque no de manera suficiente. Aiello reconoce en la *créolité* una postura superadora porque contempla no solo los aportes africanos sino también los de todas las culturas que confluyeron en el Caribe, pero remarca, en consonancia con Bernabé, que tal construcción no puede comprenderse sin la influencia de Césaire y la *négritude*.

“Estrategias para construir una tradición: (re) lecturas en la obra de Margarita Mateo Palmer” es el segundo capítulo, en el cual María Virginia González analiza dos textos de la escritora cubana: *Ella escribía poscrítica* (1995) y *Desde los blancos manicomios* (2008). Con respecto al primero, señala su carácter híbrido porque posee dos líneas discursivas, una ensayística y otra ficcional, y describe los procedimientos a través de los cuales Mateo Palmer pone en escena el posmodernismo que, por razones ideológicas—asociado al neoliberalismo—había sido censurado en Cuba, posmodernismo que no es asumido acríticamente sino como medio para repensar las culturas caribeña y latinoamericana. Así, la

marginalidad se presenta como una característica constitutiva de la región y, así, prácticas como la copia y el choteo son revalorizadas por su cuestionamiento solapado de la autoridad. En *Desde los blancos manicomios*, según González, la reflexión parte de la insularidad cubana, la cual se refleja en que Gelsomina, la protagonista, “lee aISLAda debajo de la cama del hospital” (59). Así, la reclusión en el manicomio es entendida como metáfora del encierro impuesto por el Estado. González indica que las relaciones intertextuales que establece la novela son una manera de insertarse en la tradición literaria pero, a su vez, un modo de construir una nueva. Todas las reflexiones sobre el contexto cubano están realizadas por una mujer enajenada que enuncia la marginalidad desde su aislamiento. Las relaciones intertextuales con las literaturas caribeña y latinoamericana establecen la posibilidad de superar esa condición de encierro mediante la apertura a la multiplicidad del Caribe y el mundo, mostrando una convergencia de tiempos y espacios que exceden los límites territoriales.

Elsa Noya destaca que, en el caso de la República Dominicana, el aislamiento no se configura a partir del límite impuesto por el mar, sino en referencia a la única frontera terrestre, que la separa de Haití, país visto como amenaza sobre la que se construyó la identidad nacional dominicana. La autora parte de este supuesto para analizar algunas producciones críticas de Néstor Rodríguez en el capítulo “El envés del revés. Fronteras críticas en el ensayo caribeño”. Comienza por *La isla y su envés. Representaciones de lo nacional*, donde el objetivo de Rodríguez es analizar críticamente la forma en que intelectuales orgánicos al trujillismo construyen una identidad cultural monolítica—blanca y mulata, hispanoablante, católica—que excluirá el vudú, la negrura, el *créole*. Luego, el artículo aborda el análisis de Rodríguez sobre *El país de los cuatro pisos* de José Luis González, centrado en la conformación de la identidad nacional puertorriqueña, al que asocia con el trabajo de Torres Saillant respecto de República Dominicana, porque reconoce en ambos el cuestionamiento a la homogeneización cultural del Caribe a partir de nuevos enfoques provistos por teorías posmodernas. Sin embargo, para Rodríguez estos autores no logran deshacerse de la “dicción nacionalista” que intentan superar desde la escritura. En este punto, Noya observa que Rodríguez va abandonando la idea de lo político y lo nacional como conceptos útiles para pensar la realidad sin repetir ideas conservadoras, aunque también señala que, pese a haberlo denunciado, no pudo huir de las polarizaciones. En contraposición, la autora propone un análisis que deje de lado categorías puras y que se asiente en las contradicciones, que ponga de manifiesto las tensiones de significaciones coexistentes en un campo cultural.

El siguiente capítulo, “Entre lo propio y lo ajeno: el lugar de las tradiciones. El entre-lugar del pensamiento martiano” de María Fernanda Pampín, se centra en José Martí. Para su estudio, la autora parte de los textos de presentación de los dos únicos números de *La revista venezolana* que el cubano dirigió en julio de 1881 y donde evidencia un modo distinto de pensar la autonomía cultural a partir de la lectura de los modelos extranjeros. Sostiene que Martí construye su latinoamericanismo en disputa y tensión entre las tradiciones—latinoamericanas, caribeñas y norteamericanas—que considera propias, y la europea vista como ajena. En este sentido, la experiencia del cubano en Nueva York es descrita como fundamental, puesto que, a diferencia del resto de los escritores latinoamericanos, conoció de cerca las ventajas y problemáticas de la modernidad. Pampín, siguiendo a Iván Schulman, propone leer la producción martiana en el ámbito de la cultura norteamericana, sobre todo los ensayos que abordan la modernidad y su visión de futuro por sus aportes de inter y multiculturalidad. De esta manera, la obra de José Martí no sólo podría pensarse desde el Caribe o América Latina, sino desde América del Norte o, mejor aún, desde el centro del canon occidental del siglo XIX, en una misma línea de pensamiento conformada junto a Walt Whitman y Ralph Emerson.

En “El discurso caribeño de lo real maravilloso. Jacques Stephen Alexis y Alejo Carpentier”, Guadalupe Silva realiza un análisis comparativo entre dos textos de estos autores: el discurso titulado “Prolegómenos a un manifiesto del realismo maravilloso haitiano” (1956) del primero y el prólogo a la novela *El reino de este mundo* (1949) del segundo. Señala que Alexis radicaliza los planteos que en su prólogo Carpentier enuncia menos categóricamente, aunque esto se debe a los diferentes contextos enunciativos de ambos; Alexis pronuncia su discurso en un congreso contra el colonialismo e integraba un grupo que luchaba por el reconocimiento de las culturas africanas; en cambio, Carpentier escribía sin esa urgencia, desde una tradición cultural heterogénea y menos marcada por el racismo. A pesar de esto, tanto en el escritor haitiano como en el cubano se hallan presentes los mismos binarismos que conducen a la crítica de la civilización burguesa-occidental por su artificiosidad, razón por la que “lo real” queda del lado del hombre primitivo—el negro y el latinoamericano—, que está más próximo a la naturaleza de las cosas. Silva indica que los argumentos en contra de esta posición pronto se hicieron sentir y menciona puntualmente la conferencia de Horst Rogmann en el VI Congreso Internacional de Hispanistas (1977), durante la cual se señala que tanto el realismo mágico como la *négritude* construyen imágenes idealizadas de lo negro y americano. Luego prosigue con la crítica de intelectuales

como Glissant, Bernabé, Chamoiseau o Confiant contra posturas esencialistas y, a partir de ellos, propone nuevas estrategias ante la hegemonía globalizante que complejicen la reflexión sobre el propio lugar de enunciación negro y latinoamericano en relación con las variadas tradiciones culturales.

El sexto capítulo del volumen se titula “El crítico como artista: Julián del Casal y su ensoñación wagneriana” y está a cargo de Ariela Schnirmajer, quien atiende en este caso la tarea como crítico teatral del cubano y sostiene que su apertura a otros universos culturales más allá de lo estrictamente caribeño lo lleva a comprender la crítica como un artefacto artístico en sí mismo. Para ello, la autora estudia la crónica “Conversaciones dominicales. *Lohengrin*”, que Casal escribió sin haber asistido a la presentación de la ópera wagneriana, la cual tuvo lugar en La Habana el 17 de enero de 1871. En esta, el escritor se apropia del libreto de *Lohengrin*, resaltando ciertas partes y comprimiendo otras, es decir, realiza su propia lectura, no sólo de la ópera, sino, a través de ella, de la cultura europea, que es reinterpretada en el contexto cultural caribeño. Este modo de operar, de acuerdo con el planteo de Schnirmajer, es propio de las literaturas cosmopolitas periféricas, lo que incluye a las latinoamericanas.

Mariela Escobar se focaliza en la serie de novelas compuesta por *Celestino antes del alba*, *El palacio de las blanquísimas mofetas*, *Otra vez el mar*, *El color del verano* y *El asalto* en el capítulo “Imágenes de la Isla en la Pentagonía de Reinaldo Arenas”, las cuales—según su propuesta—pueden leerse como un solo relato al reconocer un paisaje cubano que comienza en la tierra y en los pueblos y que culmina en una mirada hacia el mar de los desterrados y hacia la visión de la Isla como cárcel. En *Celestino antes del alba*, Arenas no menciona el mar, aunque la descripción de la naturaleza evidencia que se trata del espacio interior de la isla. En *El palacio de las blanquísimas mofetas*, que transcurre durante los meses finales de la dictadura de Batista, hay un rechazo a lo pueblerino y la mirada se posa en el mar y la gran ciudad. La tercera novela comienza en la ruta que une la playa de Guanabo con La Habana y que separa dos realidades distintas: de un lado el mar y del otro, sobre todo, la presencia de los carteles propagandísticos de la Revolución; este “lugar entre” que es la ruta manifiesta la tensión entre un espacio que representa el discurso autoritario—la tierra—y otro la posible esperanza—el mar. Escobar indica que la utilización ideológica del espacio se hace más evidente en *El color del verano* para llegar, en *El asalto*, al planteo de un futuro distópico asentado en un lugar que, pese al borramiento de cualquier indicio extratextual, alude a la Isla. En esta última novela se construye una alegoría crítica del Estado castrista donde los seres humanos son reducidos a simples engranajes de una máquina cuyo único

propósito es producir.

Finalmente, Ana Eichenbronner también se centra en un autor cubano en el capítulo “Virgilio Piñera como personaje: maniobras para la reapertura del canon”. Primero, repasa la obra de Piñera y el aporte de la crítica para demostrar que los textos del autor instauran un nuevo modo de narrar que problematiza las formas canónicas de escribir y leer literatura. Luego, describe el rescate que hacen de su figura los escritores cubanos de la década del noventa, quienes lo colocan como antecedente; estos escritores acentúan la tendencia transgresora de Piñera al abordar temáticas incómodas para gran parte de la sociedad—tales como la sexualidad y la problemática gay—y, a su vez, buscan liberarse de las limitaciones impuestas por el lenguaje. Sin embargo, el procedimiento que le interesa destacar a Eichenbronner es la inserción de Piñera como personaje en las ficciones de varios de estos autores; puntualmente se detiene en *Máscaras* de Leonardo Padura, *El color del verano* de Reinaldo Arenas y *Fumando espero* de Jorge Ángel Pérez. En todos los casos, más allá de las particularidades de cada novela, la autora reconoce que este procedimiento permite una relectura de la tradición y, consecuentemente, la búsqueda de nuevas identidades y nuevas formas de representación.

El libro cumple con su premisa y presenta al lector la complejidad de la cultura caribeña. Los análisis sobre los diferentes debates en torno a la constitución identitaria de las naciones de la región revelan, muchas veces, binarismos que es necesario integrar y superar, como proponen, en especial, los trabajos de Francisco Aiello, Elsa Noya y Guadalupe Silva. Los estudios de María Fernanda Pampín y Ariela Schnirmajer muestran los procedimientos que intelectuales como Martí y Casal llevan a cabo para apropiarse de la cultura occidental y, desde allí, pensar el Caribe y América Latina. María Virginia González y Ana Eichenbronner proponen, desde el análisis de las obras de Mateo Palmer o la figura de Piñera, la marginalidad como un lugar desde el cual repensar la cultura. Y, por supuesto, la propia geografía, como alegoría del encierro o de la libertad, es una manera de leer la realidad cubana, según entiende Mariela Escobar la obra de Arenas. Es cierto, como adelanta Áurea María Sotomayor en su prólogo, que la mayoría de los trabajos estudian autores cubanos, y el mapa del Caribe se desdibuja un poco, aunque probablemente esto refleje lo que históricamente le ha interesado de la región a la academia argentina y que el Grupo de Estudios Caribeños busca revertir.